

Biblioteca-Films

El alma de Oscar

Núm. 23

25

cénts.



MAGDA
BELLAMY
CULLEN LANDIS



WRAY, John

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

PUBLICACIÓN SEMANAL

REDACCIÓN:

Urgel, 40, 2.º, 2.º

Teléfono 328-A

BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

Soul of the Beast, 1923

EL ALMA DE OSCAR

Fantasia basada en la obra

"Hombres y bestias"

de

Guion = C. Gardner Sullivan

EXCLUSIVA



INTERPRETADA POR

Magda Bellamy
Cullen Landis

Ruth Lorrinore
Pablo Richmond

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

La aldea canadiense de Rainbow está de fiesta; es la anual del pueblo, y todos los habitantes endomingados, agóitanse curiosos delante de la puerta del gran «Circo Mammoth» construido bajo un inmenso velarium en el que actúa una compañía acrobática.

Sendos y llamativos cartelones anuncian atracciones nunca imaginadas por aquellas buenas gentes que, con la boca abierta, contemplan las gracias coreográficas de una bailarina aligerada de ropa, la cual, situada en la puerta sobre un tablado, llama la atención de los sencillos campesinos con sus piruetas.

Todos, grandes y chicos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, acudieron, y ni uno solo, —aparte del cura párroco, del viejo sacristán y de la ama de aquel—, dejó de entrar en el famoso «Circo Mammoth», bajo cuyo inmenso toldo cónico, y en pistas distintas, actuaban muy diversas atracciones: aquí era Zip, la muchacha salvaje que, según rezaban los pomposos cartelones, fué robada a su madre canibal en el corazón de una selva africana, y apereada encerrada en jaula de féreos barrotes, causando sus rugidos feroces, un pánico cerval a los espectadores, los cuales, con muy buenas tragaderas, creían de buena fe los camelitos de los anuncios y las estridencias sal-

vajes de la mujer que se cebaba con fingida voracidad en sendos trozos de carne cruda; allí, una hembra alta y gruesa como un castillo, ostentando una barba muy poblada, al lado del diminuto enano barbilampino, formando ambos un singular-contraste, que causaba la hilaridad de los sencillos aldeanos, más allá, una grutiosa amazona, vestida ligeramente, hacía arriesgadas piruetas sobre un caballo al trote, en otro sitio, unos saltimbancos efectuaban emocionantes saltos y otros arriesgados ejercicios en la maroma; y lo que más regocijo causaba a los espectadores eran ciertos espejos convexos, unos, y otros cóncavos, que desfiguraban horrorosamente a quien en ellos se miraba.

Dieron fin las exhibiciones y atracciones laterales. Silas Hannu, propietario y director del circo, presentóse en la pista central. Era un señor alto, fornido, de rostro vulgar, vestido con elegancia: pantalón negro ribeteado, frac, camisa con pechera muy tersa y corbata negra de lazo. Saludó al público con exageradas reverencias y con sonrisa, que le hizo parecer simpático al público—, si bien de telas adentro era un hombre loco, déspota y avaro—y dijo con voz potente:

—Querido público, trágoles tomen asiento, pues, va a dar principio al trabajo de maulemoiselle Cairo con su famosísimo elefante Ograt.

Y al terminar su aviso, latigó la traba que empuñaba y aparecieron en la pista dos payasos que entretuvieron con sus insulsas bobadas a los sencillos lugareños que se desterraban de risa.

Entretanto Ruth Lorrimore, a quien los carteles anunciaban con el nombre de la bella *mademoiselle Cairo*, dispuesta para la ejecución de su número, que todos esperaban como el cón de la fiesta, juguetea con su compañero Oscar, mientras espera el aviso para salir a la pista.

Ruth Lorrimore se compone de un rostro hermoso, una alma grande y sencilla, un cuerpo pequeño de muñequita, unos ojos negros mayores que su alma, un carácter franco y abierto, un vestido de punto muy ceñido, con gregüescos de vollos y cuello muy escotado—, vestido parecido al de los trovadores, medio-evaes—, una cabellera rubia, un corazón de oro y una pulsera, pendientes y dos muelas del mismo metal.

La difunta madre de Ruth había sido propietaria del «Circo Mommoth», y esa fué la única razón que había conmovido el corazón de Silas Hamm para casarse con aquélla, quedando éste constituido en padrastro de Ruth y en propietario del circo después de la muerte de su mujer.

Silas ha tratado siempre a su hijastra con despiadada severidad, no viendo en ella más que un elemento para amenizar sus programas, pero sin tener para ella la más pequeña consideración.

Oscar, compañero de trabajo de Ruth Lorrimore, es un soberbio elefante amestrado; tan manso y dócil con su compañera Ruth, como fiero y haraño con el director y demás elementos de la compañía, cuyas bromas también.

Hacia diez años—, desde que Ruth cumpliera seis—, que trabaja con la pequeña artista,

y estaban ambos tan identificados, que sus almas—léase instinto respecto al elefante—, se comprendían con una sola mirada.

Decíamos que Ruth y Oscar, antes de salir a la pista juguetaban en un patio con paredes de lona, cercano a la fiesta. La niña, acaricia la trompa del animal y le pregunta:

—¿Me quieres como siempre, Oscar?

El elefante contesta afirmativamente con la cabeza y abraza a su compañera por la cintura con la trompa.

—Y no te cansarás nunca de mí?

Y con un movimiento de cabeza hacia Oscar un signo negativo y volvíala a abrazar levantándola en alto.

Oyóse la voz mandona del director que anunciaba al público:

—¡*Mademoiselle Cairo* y su famoso elefante real!

Llegó un clown a donde esperaban Ruth y Oscar.

—¡Ruth, a la pista!

Oscar—cuando la niña mirando a los ojos del interpelado, para lo que se irguió de puntillas sobre sus pies— vamos a trabajar, a ver como te portas.

Dobló las rodillas en tierra el paguidermo, de un salto Ruth sentóse sobre su cabezota; volviése a incorporar aquél y gritó la artista:

—¡Al circo!

Con paso lento dirigióse Oscar a la pista, arrastrando al clown que se cogía con ambas manos a su apéndice.

La aparición del animal y de la niña fué saludada con una salva de aplausos; y con estrepitosas carcajadas al payaso cogido al rabito

de Oscar, haciendo esfuerzos inútiles para echarlo atrás.

Ruth y Oscar correspondían con sus saludos a los aplausos del público.

Apece la artista e hizo algunas preguntas a su compañero de trabajo, que fueron contestadas con la cabeza, con signos afirmativos o negativos; luego, al mandato de la niña, efectuó otros trabajos que denotaban gran inteligencia por parte del animal. Este, varias veces abrazó por el tallo a Ruth, causando la admiración de los asistentes que aplaudían a rabiar, estos abrazos dieron lugar a algunas graciosas observaciones que llegaban a los oídos de la artista:

—La joven es encantadora—observó un viejo dirigiéndose a su mujer muy fea.

—¿Qué suerte tenéis algunos animales!—contestó la mujer.

Con el trabajo de Ruth y de Oscar finalizó la función de aquella tarde.

Momentos después toda la compañía estaba reunida alrededor de una mesa de forma rectangular donde se les servía la cena bajo la dirección el propio Silas Hamm, quien vigilaba para que el gusto no escudriase a las necesidades de cada uno. Silas dirigióse a un equilibrista de la maroma, tan en exceso delgado, que la sombra parecía de la cuerda en que trabajaba. Acodado sobre la mesa, y a dos carrillos, el fúncico equilibrista engullía cuanto se le ponía delante con un apetito voraz. Silas le tocó al hombro:

—Amigo—, le dijo—¿cómo quiere usted conservar su flexibilidad comiendo de esa manera?

Sin ni siquiera volver la cabeza, el hambrien-

to continuó engullendo con menoscabo de su agilidad.

Sentada en un extremo de la mesa, descuartizaba una pata de cordero, Zip, la muchacha salvaje, que aparecía ahora blanca de cara y sin la horrible dentadura postiza, que tanto



El equilibrista contestaba afirmativamente con la cabeza y abrazaba a su compañero por la cintura con la trompa (ver p. 5)

la afeaba en la jaula—, al ver al director volviéndose hacia él:

—Señor Hamm, cómo carne cruda en la jaula; pero la exijo bien asada en la mesa.

—¿No comes bastante, ladrona?

—Yo trabajo, y lo menos que puedo exigir es que después de hacer de africana durante

cuatro horas, durante la comida no me trate como salvaje.

—¡Si no estás contenta, búscate un sitio donde te traten mejor!

—Ni una palabra más... Prepárame la liquidación esta noche, y haga usted mi papel de salvaje.

V Silas Hamm quedóse sin la africana de contrabando, quedando por ello muy contrariado. Más pronto halló la solución. Llamó a su hijastra.

—Ruth, ponte ahora mismo el vestido de la muchacha salvaje. Trabajarás en la jaula antes de tu número con Oscar.

—¡Pero!

—¡No admito réplicas!... Píntate y aféate bien, ponte la dentadura postiza y cúbrete con las pieles.

Obedeció la niña. Cuando empezó la función de aquella noche la artista más hermosa de la compañía estaba convertida en la más repugnante salvaje. Un botones situado delante la jaula anunciaba:

—¡La africana Zip, la mujer salvaje, atrancada a su madre en las selvas vírgenes del corazón del África!... ¡Acomete como un tigre, ruge como un león, no come más que carne cruda!...

Y al mismo tiempo le arrojó entre los barrotes un trozo de carne que Ruth cogió e hizo ademán de morder; pero repugnóle y la arrojó echándose a llorar.

El escándalo que se armó fué formidable; y lo hubiese pasado mal la fingida salvaje, si los elementos no hubiesen venido en su ayuda. Levantóse un viento huracanado, acompañado

de una tempestad de lluvia, de relámpagos y truenos, que puso el circo hecho una lástima. El público huyó, y los artistas dispuestos para las atracciones, corrieron a vestirse. Solo Ruth quedó encerrada en la jaula, mientras el viento hurra las paredes de tela del circo. Ruth gritaba desesperada:

—¡A mí!... ¡A tu ama!... ¡Oscar!... ¡Oscar!...

No tardó en aparecer el elefante, que extendía la trompa, buscando con el olfato a su compañera de trabajo. Dió con ella y arrastró la jaula en busca de alguien que abriese la jaula; pero todos se habían salvado y Oscar rompió los barrotes con su trompa. Cuando Ruth Lorrimore vióse fuera de la jaula, subió sobre Oscar y dijo a éste:

—¡Oscar, el mundo es grande; esta tempestad rompe la cadena de nuestra esclavitud!... ¡Huyamos lejos de mi padraastro que nos da tan malos tratos!

Y el elefante, llevando tan dulce carga, huyó con toda rapidéz.

II

A la mañana siguiente, a la salida del sol, Ruth y su amigo descansaban arrimados a un corpulento roble en uno de los grandes bosques del Norte del Canadá.

Cuando despertó Ruth, halló a su compañero almorzando en un montón de paja que había cerca de allí perteneciente a una casa de labranza próxima y del que no quedaba más que la paja.

—Oscar—gritó la niña—¿qué has hecho, desgraciado?... Si se despiertan los dueños de la paja nos la querrán hacer pagar.

Por toda contestación, el animal levantó la trompa y abrió la boca, mostrando sus blanquinosos colmillos, como queriendo decir:—Mira, qué apetito tenía.—Luego arrodillóse delante de la joven y movió la cabeza hacia un lado queriéndole decir:—¡Sube!

Obedeció Ruth y Oscar emprendió la carrera, en el mismo instante en que varios labriegos salían de la alquería y notaban el estropicio hecho en la paja. Vieron huir el elefante y quisieron vengarse de él. Entraron en la casa, cogieron sus escopetas y fueron en pos del animal; más ya era tarde, había desaparecido entre la espesura del bosque, en dirección a «Pond du Lac».

—¿Se puede?

—¡Adelante, adelante!... ¿Usted, John Smith?

—John Smith en persona... y bien, amigo Pablo ¿cuándo vas a pagarme el dinero que me debía tu padre?

—Mi padre, señor Smith, me dijo antes de morir, que no le debía nada, porque usted le engañó miserablemente.

—¿Que yo engañé al señor de Richmond?... Lo habrás soñado!... yo te digo que me pagarás.

—Pues yo le aseguro que no le pagaré, porque...

—¿Por qué?

—Porque mis únicos bienes son esta casita, aquel violín y este conejo, mi querido compañero, mi «Napoleón», que no lo daría por nada del mundo, porque es la única compañía que me queda.

—Y los dineros que cobras por tocar el violín en «La Alegría»?

—Le parece a usted bien que yo viva papando viento como los camaleones.

—Te doy veinticuatro horas de plazo para que encuentres el dinero que me debes... ¡Mañana volveré a «Pond du Lac» y te vendré a ver!

—Napoleón, conejito de blanco armiño, tu y yo vamos a tener que abandonar estos lugares... y andando, andando, llegar a Quebec, si mi pierna me permite ir tan lejos. Si, Napoleón, si; este John Smith nos va a amargar la existencia... Anda, vete a comer esas berzas.

Es «Pond du Lac» un pueblo sumamente pintoresco, circundado de bosques y atravesado por un arroyo con honores de río. En el lindero del pueblo, y dentro del bosque, existe una casita que es la patrimonial de Pablo Richmond.

Tenía éste veinte años de edad, una cojera bastante pronunciada en la pierna derecha, una mezquina heredad cercana a la casa, una sonrisa bondadosa en los labios, un conejo blanco como el armiño, una inteligencia despejada, un violín, que tocaba a la perfección y varios otros muebles incluyendo una criada vieja y gruñona.

Cuando John Smith—, el hombre más fornido, pendenciero y temible en muchas leguas a

la redonda—se presentó a Pablo Richmond, vestido de cazador, con polacas de cuero, gorro de piel de nutria y con la escopeta colgada al hombro, Pablo Richmond acariciaba entre sus brazos el nívico conejo, su «Napoleón», como él le llamaba. Y al marcharse aquél, cogió su violín debajo de un brazo, el conejo debajo del otro y salió de su casita internándose en el bosque; la mala ventura guió sus pasos hacia una trampa preparada por los ca adores de osos, donde quedó cogido en un hoyo bajo el tronco de un árbol.

Muy cerca de aquél lugar, Ruth Lorrimore—vestida aún con las pieles de muchacha salvaje—y el fiel Oscar descansaban antes de proseguir su camino. Ruth oyó unos gritos y acercóse al lugar donde Pablo Richmond pedía auxilio.

—Joven ¿qué hace usted aquí?

—Estoy prisionero como un vil oso en una trampa. Ayúdame a salir de ella.

La joven quiso mover el tronco; pero imposible, pesaba demasiado.

—Oscar—, gritó Ruth—ven, separa este tronco.

Aceroóse majestuoso el elefante, enroscó la trompa en el tronco y lo separó lo suficiente para que pudiera salir del hoyo el entrampado.

—Gracias, señor elefante—agradeció Pablo saliendo de la trampa con el conejo y el violín que no había abandonado.

—No hay de qué—contestó la joven algo maliciosamente.

—¡Ah!... y gracias a usted también, hermosa joven.

—Me llamo Ruth Lorrimore—y agarrando

con su diestra la trompa del animal, prosiguió:—y este animalito es Oscar, mi protector.

—Tanto gusto... Yo me llamo Pablo Richmond, y éste—y señalaba al conejo—es mi gran amigo y protegido «Napoleón».



—¿Qué bonita está!... Te cogió también este ramo de flores (pag. 22)

—¡Qué mono es!—y Ruth acariciaba el conejito.

—¿Y no tiene usted miedo a ese animalito?

—A Oscar?... ¡Ja, ja, ja... pero si somos buenísimos amigos.

—Pues a mí me causa pánico... Si fuese mío no sabría donde meterlo.

Sentáronse los dos jóvenes y prosiguieron su amigable conversación:

—Señorita Ruth, ¿ha venido usted a visitar a alguien a Fond du Lac? ¿Tiene usted aquí amigos?

—No conozco a nadie... En el mundo no tengo más amigos que el fiel Oscar.

—¿Un elefante!.

—El hombre casi siempre quiere por interés, los animales son más fieles que los hombres, porque son desinteresados.

—Pero muerden.

—Para defenderse, sí; pero no como el hombre que es el animal más luchador de la creación; el hombre muere y lucha por placer, por deporte, y cuando no tiene contrincante con quien luchar, búscase enemigos imaginarios.

—¿Verdad es!

—Tan raro es encontrar un hombre que no nos traicione, como hallar un animal que gane tal vileza.

—Verdad, verdad también.

—Y es que el alma instintiva de los animales está exenta de las bajas inclinaciones que degradan al hombre, hasta ponerlo a un nivel inferior al de las bestias.

—Sus discursos me harán cobrar simpatía por su buen Oscar.

—¿Dónde está ahora?—inquirió Ruth levantándose azarada al no ver al elefante, y mirando por todas partes—¡Oscar!... ¡Oscar!... ¡Oh, dolor!... ¡Oscar se ha extraviado!...

V. Ruth, con su vestido de africana salvaje, se internó por el bosque en busca de su compañero.

Este, celoso de su compañera de trabajo, al

verla en tan abarbarada conversación, levantó la trompa dando fuertes resoplidos, y al ver que Ruth no le hacía caso volvió el rabo y huyó de la ingrata que le dejaba por otro. A poco de andar, vió Oscar bajar de un carrasco un animalito de cuerpo pequeño, cabeza diminuta y larga y gruesa cola; era una mofeta, manífero-carnívoro, que, espantada al ver el elefante, defendiéndose de su presencia despidiendo un olor fétido insuperable, que obligó al trampero animal a apresurar el paso huyendo de aquellos lugares.

Fatigada Ruth de tanto llamar a Oscar, se sentó llorosa en un carrizal, acollada en sus rodillas. Apareció un cazador. Era John Smith, el acreedor de Pablo Richmond, que, creyéndose hallar en presencia de un animal raro, apuntó con su escopeta; más en aquel instante levantó Ruth la cabeza y el cazador comprendió su error y adelantóse a la joven.

—Supongo, niña, que no necesitaré disputar para tener el derecho de llevarte conmigo.

—Señor, ¿ha visto usted a Oscar?—preguntó Ruth levantándose.

—¿Oscar?—¿Quién es Oscar?—y, sin esperar contestación, cogiéndola por el brazo y prosiguió:—Ven conmigo a ver si le encontramos.

Y John Smith acompañóla hasta la posada de «La Alegría», un establecimiento mezcla de mesón, taberna y cabaret, regido por la señora Bossut, una sesentona de moralidad dudosa que admitía en su casa toda clase de diversiones y componendas con tal de que fuesen productivas.

Al llegar John Smith acompañando a Ruth

dirigióse a la ama del establecimiento. Todos rodearon a la niña.

—Señora Bossut—, aquí tiene usted una pieza que he cobrado hoy sin disparar un tiro; como su piel no vale gran cosa, se la regalo.

—¿Cómo te llamas?— preguntó la hotelera.

—Ruth.

—¿Qué sabes hacer?

—Soy artista de circo.

—¿De dónde vienes?

—No lo sé.

—Te quedarás aquí y trabajarás para mí.

En aquel momento llegó Pablo Richmond con su violín debajo del brazo como lo hacía cada noche para amenizar las veladas de «La Alegría». Al verle gritó John Smith:

—¡Señores, la gran ocasión!... Esta chica será una novia ideal para nuestro simpático violinista.

Aquella burla, por el tono como fué proferida, hizo un daño atroz en el espíritu del joven violinista. Algunos de los asistentes cogieron del brazo a Pablo y le hicieron poner al lado de Ruth; ésta miró al joven y sus miradas se comprendieron sin pronunciar una sola palabra. Parecióle a la niña desamparada que aquella mirada de Pablo, henchida de cariño, le decía: —No temas, yo estoy a tu lado— y aquella mirada reconfortó su espíritu.

III

Aquella noche Pablo Richmond se excedió a sí mismo tocando el violín; sabía que Ruth, la hermosa e ingénua joven que hallara en el bosque, le escuchaba y puso toda su alma en su arco y en sus dedos. Ruth Lorrimore, que ya había sustituido su vestido de pieles por otro más en connivencia con su sexo y con la sociedad que la rodeaba, desde un rincón de la cocina, prestaba oído a las piezas que el joven del conejo—como ella le llamaba—ejecutaba, y buscó ocasión de felicitarle. El músico también buscaba la contingencia de volver a ver a la niña del elefante.

Al día siguiente los transeúntes que pasaban por delante de la única tienda de novedades de la población, pudieron contemplar un modelo de vestido de mujer que llamó la atención de las hembras elegantes de «Font du Lac». Ramira, una de las tanguistas de «La Alegría», amiga de John Smith, pidió a éste le regalase aquel modelo.

Pablo vió el vestido y una idea pasó por su mente. Entró en la tienda, comprólo—dando orden al dueño del establecimiento de no declarar a nadie quien lo había comprado—y se lo llevó a la niña del elefante.

—¿Tú aquí?—preguntóle Ruth tuteándole confiadamente—Cres que ya no te acordarías de mí.

—Ruth, pasa en mí un fenómeno inexplicable ¿por qué será que se me olvida con frecuencia dónde tengo la mano derecha, a pesar de

que todos los días me estoy viendo las manos, y me acuerdo a cada instante de una niña a quien solo vi dos veces y hablé una?

Pues te lo voy a explicar—, porque yo también experimento ese fenómeno—, es porque nuestras almas se han comprendido desde el primer instante en que nos vimos y... nos amamos sin darnos cuenta.

Eso será... Ruth, te he comprado un vestido precioso, regalo de tu santo.

—¿Para mí?... Voy a parecer una reina.

—¿Crees que podía yo olvidar que hoy es tu santo?

—¿Qué bueno eres, Pablo!

—Esta tarde, mientras todos estarán entregados a sus partidas de juego, yo daré una fiesta para ti en la glorieta cercana, al lado de la fuente donde vas a buscar tu el agua; procura estar allí a las cuatro.

—No faltaré.

Y te traeré un pastel con que te quiero obsequiar—¡Hasta la tarde, Ruth!

—¡Hasta la tarde, Pablo!

John Smith y su amiga Ramira fueron a la tienda a adquirir el modelo que aquél quería regalar a su amiga; pero habían llegado tarde.

—¿Quién lo ha comprado?—preguntó furioso Smith.

—El comprador me ha rogado que no declarase su nombre.

Ramira quedóse sin el vestido y con una inquietud rabiosa contra su amigo.

Arrepentido Oscar de haber jugado a su amiga y compañera aquella partida serrana, y triste de su soledad, volvióse al lugar en donde la había dejado; pero, ¡oh, dolor! había desaparecido. En aquel sitio halló a una osa que se atracaba de bellotas. Acercóse al cuadrá-



—No cruzas nada ¿verdad?—Y cogiendo la cabeza del ganso le besó el pico (pág. 22)

pocho, que al ver al elefante púsose derecho sobre sus patas traseras, y se inclinó profundamente atusándose el hocico como diciendo:— ¡Buenas, señor elefante!—Este levantó la trompa, abrió las fauces y gruñó:—Señora osa, ha visto usted a una niña llamada Ruth?—La osa, balbuceándose a uno y otro lado, barrió

contestando negativamente. Por instinto comprendió Oscar que le decía: —No, amigo elegante, no la he visto.—Ambos interlocutores saludáronse y volviéronse el rabo, dirigiéndose la osa a sus bellotas y el paquitermo en dirección a «Fond du Lac».

Escena: el claro de un bosque: a un lado una frondosa acacia y, bajo su copa, un rústico asiento de granito; a la derecha un macizo de narcisos y jazmines en flor; en el centro, hacia el fondo, cristalina fuente cuyo raudal alimenta un estanque surcado por blancos cisnes, y todo ambientado por la sonrisa de una tarde primaveral.

Tal es el lugar en que se han dado cita Pablo y Ruth. Llegó primero el músico con el violín debajo del brazo y en sus manos un pastel que depositó en el poyo o asiento al lado de la acacia. Sentóse al lado del pastel, afinó el instrumento y púsose a tocar la serenata de Rameau acompañada por los mil ruidos de la naturaleza: la ingenua y suave melodía del violín, el trino del ruiseñor, el suavísimo siseo de las hojas movidas por un céfiro blando, el susurro del hilito de agua de la fuente vertiéndose cadenciosa en el cristalino recipiente, causaron una emoción hondísima en Ruth, la cual llegó sin ser apercibida por Pablo, que en santo arrobamiento, hacía cantar a su instrumento los ecos de su alma de artista. Quedóse la niña parada, mirando a Pablo con los brazos cruzados sobre el pecho, y el espíritu en éxtasis.

Terminó la serenata: un suspiro se escapó

del pecho de Ruth, una sonrisa angelical iluminaba su semblante:

—¡Es precioso!—exclamó.

—¿Estabas aquí?—inquirió el músico tomando el paquete que había traído y levantándose.—Toma, Ruth, es el regalo de tu santo.

Desenvolvió el paquete la niña.

—¡Qué vestido más precioso!...—Vuélvete hacia allá que me lo voy a poner.

Obedeció Pablo y al cabo de un momento díjole la joven:

—¡Mira!

—¡Qué bonita estás!... Te regalo también este ramo de flores—dijo el músico entregándole uno formado con flores silvestres.

—¡Oh!... ¡Qué bueno eres!

—Después comeremos aquel pastel.

—Ahora prefiero oír tu música. Cuando tocas creía estar en el cielo.

—Mientras tocaba, parecíame que daba serenata a la más hermosa doncella que pudiera crear la fantasía de un poeta oriental, y que ella escuchaba amorosa y complacida acodada en su ventana enrejada, por enredaderas de campanulas y adornada con macetas de claveles reventones, y parecíame que aquella joven tan hermosa tenía tus mismas facciones, tus ojos brillantes, envidia de las estrellas, tus mejillas rosadas, tus labios rojos como capulito entreabierto de rosa, tus guedejas sedosas, tú... tu misma, eras tú, y yo tocaba y...

—Y mientras tocabas creía yo encontrarme en Versalles, en uno de aquellos fantásticos jardines que, según he leído, creó el amor; y que yo danzaba vestida de princesa, teniendo en mis manos guirlanda de flores olorosas que

se iban desprendiendo a compás del ritmo de una música suave, y alfombraban el suelo que pisaban mis pies, y parecían que el doncel que arrancaba al violín aquella melodía sublime, iba vestido de príncipe y tenía tu rostro, eras tú, Pablo, tu mismo que arrobabas mi alma y exaltabas mi espíritu con tu música del cielo. Y los ruiseñores acompañaban la melodía con sus trinos melodiosos...

Y, al poder creador de su fantasía, ambos se imaginaron héroes de otras edades, bajo los rayos crepusculares de una tarde versallesca.

—Ruth, figuémonos que estamos en Versalles, que tu eres la princesa que ha visto mi fantasía, y que yo soy el príncipe que tu has soñado.

—Sí, sí, yo tejeré guirlanda de jazminas y bailaré.

—Y yo te cantaré la hermosa canción de Enrique Heine a la que he puesto música. Escucha:

Pablo púsose a tocar y entonó esta canción, mientras Ruth danzaba al ritmo de tan suave melodía:

Tienes diamantes y perlas,
cuanto al hombre inspira afán;
y tienes tus lindos ojos.

—Mi vida, ¿qué quieres más?

He compuesto más cantares
que perlas encierra el mar,
sobre tus ojos tan lindos.

—Mi vida, ¿qué quieres más?

Y con esos lindos ojos
me has hecho tan hondo mal,

que ya perdido me tienes...

—Mi vida, ¿qué quieres más?

Al acabar la canción, Ruth se sentó al lado de Pablo y aquellas dos almas tan cándidas, aquellos dos corazones sintiéronse atraídos por un anhelo irresistible. Iban a juntar sus labios;



—¿Dónde está Oscar?... Dime donde está Aino... (144-46)

más la brusca aparición de John Smith impidió que brotara el idilio que florecía en sus almas.

—Te confieso, pequeña—, pronunció el cazador—, que he sido un idiota... Hasta ahora no me había fijado en lo bonita que eres... Tú, Pablo, ¡al avío!... ¡Con la música a otra parte!... ¡Ah! y si quieres acariar, puedes continuar mimando a tu «Napoleón»... Y tú, niña

romántica, a casita, a fregar los platos; pues la señora Bossut te anda buscando.

No hubo más remedio que separarse, aquel tiazó llevaba una escopeta, y si se atrevera, mala la hubiesen pasado. Miráronse los jóvenes y con aquella mirada parecían decirse: —Nos volveremos a ver—, y fuéronse, él a su casa, ella, a la fonda de «La Alegría»; pero ambos muy tristes.

IV

Apenas llegada Ruth Larrimore a «La Alegría», asedióla John Smith con sus ineportunas y socres proposiciones.

Estaba la joven sentada a la puerta de la casa pelando un guiso.

John Smith se sentó a su lado.

—Mira, chiquilla, yo tengo mucho dinero y ninguna mujer me resiste. Yo te prometo librarle de la señora Bossut que te esclaviza; pero me tienes que dar un beso.

—¡ Señor!...

—No cuesta nada, ¿ves?—y cogiendo la cabeza del guiso le besó en el pico.

—Tu amas a ese apocadito de Pablo ¿no es así?

—¡ Sí, señor; le amo.

—¡ Soberbia elección!... ¡ Cojo, imbécil y apocado! ¡ Capaz sólo de querer a un conejo!... Ja, ja, ja!

—Aunque sea así le amo.

Dijo Ruth y fuése a la cocina. John Smith quiso vengarse. A la caída de la tarde, mientras Pablo Richmond estaba tocando en «La Alegría», fué Smith a casa de aquél y fusió a «Napoleón», el conejo blanco; bevió a «La

Alegría» y dió orden a Ruth de que lo preparara a la vinagreta para cenarlo aquella noche con algunos amigos.

Dispuesta ya la cena, John Smith invitó al músico para que le acompañara a la mesa. Acudió Richmond y encontró al guiso sabrosísimo.

—¿ Qué te parece, amigo?

—¡ Excelente!

—¿ Verdad?... Quiero que tu te lo comas todo, todo.

—¡ Gracias, señor Smith!

—Ya sabía yo que te gustaría; porque queriéndolo cuando era vivo, no había razón que no te gustara muerto.

—¿ Cómo?

—Sí, yo lo cacé en la puerta de tu casa.

—¿ Eh?

—Yo me dije: ya que el pobre está tan necesitado que no tiene dinero para pagarme, que se coma el conejo que tanto ama.

Como Richmond hiciese ademán de levantarse de la mesa, Smith cogió una tajada y se la metió en la boca gritando:

—¡ Come! ¡ Come!

Pablo no pudo más, saltó sobre el cazador y quiso ahogarle; pero John Smith, más fuerte que el músico le dió unos puñetazos que le dejó sin sentido.

Todos los asistentes, incluso Ruth, acudieron al ruido de los luchadores. Cuando oyó el joven, dijo Ruth a dos de los asistentes:

Llévadle a su cabaña, antes de que se rehaga y siga la lucha.

Acababan de sacar a Pablo Richmond, cuando penetraron en la sala dos caballeros.

Al verlos entrar, John Smith se escurrió diciendo:—No quiero tratos con la policía.

Mira el uno alto, simpático, llevaba el uniforme de la policía montada del Canadá; el otro era Silas Hamm, propietario del «Circo Mammoth», que, apenas puso los pies en la casa, escudrinó todos los ámbitos del Salón.

—Aquí la tenemos—dijo Silas Hamm; y hacia Ruth fué. Agarróla por el brazo y la zarandó, añadiendo:

—Al fin di contigo; aunque no te buscaba por tí, sino por mi elefante... ¿Dónde está Oscar?... Dime donde está, síno...

Y la amenazó con el puño; más el policía arrancóla de sus manos.

V

Ruth Lorrimore hallábase en peligro. Por un lado su padrastro la amenazaba con meterla en la cárcel si no le devolvía el elefante, y no era devolver un alfiler; por otra amenazábala John Smith con sus palabras oscuras. Ruth pensó en su amigo y compañero:—Si Oscar estuviese aquí...—pensó.

Oscar había sido siempre su providencia y no podía faltar: ella y su amado Pablo corrían peligro y no tenían en el mundo otra suerte que el destino.

Hemos visto cómo pronto Oscar se había arrepentido de haber abandonado a su amiga y preguntaba a todos los animales por ella, y olfateaba con su trompa buscándola con tesón. No podía tardar en hallarla: así lo confiaba ella.

Mientras el director del circo reñía a su hijastra, tres de los concurrentes al bar estaban sentados cerca de la pared, de espaldas a una

ventana abierta que daba a la calle. Los tres tenían delante el respectivo local lleno de cerveza y estaban distraídos por la escena que pasaba en la sala. Uno de ellos al ir a beber notó que su local estaba vacío y creyó que su compañero se lo había bebido, enfadándose



Quando los tres bebedores se distraían, pasaba por la ventana la trompa de Oscar...

con él, injustamente, por cierto. Volvió a pedir otro jarro y varias veces se repitió la operación. Espantado creyó que su local estaba embujado y continuó a los presentes sus temores; más ellos creyéronle borracho. ¿Qué había pasado?

Quando los tres bebedores se distraían, pasaba por la ventana la trompa de Oscar, que

acababa de llegar a la alquería, y se bebía muy lindamente el líquido, sin que los clientes lo notaran.

Oscar estaba allí. Su olfato le decía que su amita moraba en aquella casa y la esperaba.

En aquel momento, en la puerta del Salón apareció Pablo Richmond, venía a buscar a su enemigo para vengarse de él. Ruth Lorrimore vió al violinista, y en un momento de distracción de su padastro, mientras éste hablaba con el policía sobre las medidas que debían tomar para poner a la joven a buen recando, fuése hacia Pablo y díjole:

—Pablo, aquí peligrosos los dos; huyamos.

—¡Huyamos!

Y echaron a correr, alejándose de la casa. Pero John Smith notó el movimiento de los jóvenes, fué a coger su escopeta y corrió en pos de ellos. Oscar también vió correr a su ama y fuése tras ella.

Ruth y Pablo llegaron al río. En su orilla estaba atada una barquilla, saltaron a ella y bogaron río abajo. John Smith les siguió en otra barca y Oscar, por la orilla, también corrió en la misma dirección.

Los jóvenes se apercibieron de que Smith les seguía y bogaron con más energías para escapar a su persecución despeñando la barca por las cascadas que los declives del lecho del río formaba: ya era inminente su captura, a menos de exponerse precipitándose a una verdadera catástrofe; más la llegada de John Smith no les dió tiempo de llegar a la orilla; ellos y aquél llegaron al mismo tiempo.

El cazador lanzóse sobre el músico; éste esquivó el golpe y ambos pusieron en guardia

con los puños cerrados y agachados como dos leopardos en lucha. Y arrojáronse el uno contra el otro, parando el joven los golpes y escurriéndose con destreza. Venció el más fuerte. De un puñetazo trenando el cazador tendió al músico rodando sobre las guijas; al mismo tiempo que el vencedor se adelantaba para celarse en su víctima, apareció el elefante en la otra orilla.

—¡Oscar! —exclamó Ruth.

—¡Otra vez este animalazo! —dijo John Smith cogiendo su escopeta y apuntando a la cabeza del paquidermo.—Ya te arreglaré yo.—Y disparó.

Oscar, herido en una oreja dió un soplido de rabia, sorbió con su trompa en el agua del río y la proyectó con fuerza tal sobre el cazador que le hizo caer de espaldas. Levantóse y echó a correr; más el elefante le siguió y repitió la operación. Como el río, por aquella parte, estuviese bordeado por un montículo muy en pendiente, John Smith quiso trepar para ponerse a salvo de la trompa del elefante; más éste, cuando Smith se hallaba en mitad de la pendiente, arrojóle el agua con fuerza y aquél cayó al río. Acercóse entonces el animal y se disponía a acabar con él, cuando Ruth, compadecida, le gritó:

—¡Oscar, Oscar, déjalo!... ¡Ven aquí!

Volvióse el elefante hacia su dueña, y con su trompa dióle un beso en la mejilla. La niña abrazó la trompa. Pablo Richmond también se acercó al animal.

—¡Estoy agradecido, señor Oscar! —díjole Pablo con ingenuidad—de haberle vuelto a ver y del servicio que nos ha prestado.

Oscar levantó la trompa en alto y alargó la boca como sonriendo.

—Mira, Oscar—, díjole la niña—yo estaba muy enfadada contigo, porque me habías abandonado; pero te perdono porque has acudido a nuestra ayuda... Ahora, Oscar, nosotros queremos ir muy lejos.

El elefante metió las orejas alegre.

—Vés, Pablo?, dice Oscar que de eso se encarga él.

—¿Eso ha dicho?... Pues yo no le he oído.

—Va le irás entendiendo.

Arrodillóse Oscar.

—¿Qué dice ahora?—preguntó Ruth a Pablo.

—¿Qué sé yo!

—Pues que subas, hombre, que subas: que nos va a llevar él.

—Si no se explica mejor...

—Anda, suba.

Subieron sobre la cabeza del paquidermo ambos jóvenes, y Ruth ordenó:

Oscar, ¡en marcha!

VI

Han transcurrido varios años. En un chalet cercano a Montréal, mora la familia del distinguido violinista Pablo Richmond. Disfrutan los esposos Ruth y Pablo de la paz y tranquilidad, de una dicha perfecta, fruto del amor verdadero.

Es la hora crepuscular vespertina. En el jardín, sentada en una mecedora está leyendo Ruth, y a sus pies, sentada sobre la arena, una niña de cuatro años juega con unas muñecas. Más allá, en una hamaca suspendida entre dos

árboles, duerme un niño de pocos meses. Cerca de la casa, el fiel Oscar, con su trompa, da vueltas a una máquina lavadora, satisfecho de ser útil sirviendo de criado a su amita.

—Mamá—preguntó la pequeña Rosemary—¿a qué hora llegará papá?

—Vendrá de Montreal en auto.

—¿Y para qué ha ido papá a Montreal?

—Para curarse la cojera.

—¿Y se ha curado?

Aún hablaban, cuando un auto se paró enfrente del chalet. Levantóse Ruth y la pequeña Rosemary corrió a correr hacia la verja del jardín gritando:—Papá, papá.

En efecto, apeóse del auto Pablo Richmond y corrió, sin rojear, a abrazar a su esposa, diciéndole:

—Mira, querida—y empezó a bailar.

—¿Curado?

—Perfectísimamente.

Oscar se había acercado al grupo que formaban los señores Richmond y Rosemary, y con la trompa cogía la mano de Pablo, como felicitándole por el éxito de la operación.

En aquel instante oyéronse los lloriqueos del niño acostado en la hamaca, y el señor Richmond mandó:

—Oscar, vete, que llora el niño.

Obedeció el animal y con su trompa mecía suavemente hasta que el angelito se durmió.

—Muy bien Oscar—díjole Pablo acercándose al elefante—cuando tu tengas hijos yo te devolveré este servicio.

La familia Richmond vivió feliz, sin temor a ser molestada ni perseguida por agentes extraños: velaba sobre ella el alma de Oscar.

FIN

2.º CONCURSO DE BIBLIOTECA FILMS

Verificado el sorteo del premio de este concurso, consistente en una **Máquina parlante** de la acreditada y antigua Casa

CÉSAR VICENTE

con cuatro piezas, dos discos **Autólono** para impresionar la voz en su propia casa y 200 agujas, ha sido favorecido por la suerte

D. Jaime Catchot

Hannover, 2 :: MAHON

Próximo número, día 23 de Septiembre

III ÉXITO III

EL BOTONES NÚMERO 13

Magnífica comedia americana: Última creación del elegantísimo

DOUGLAS MACLEAN

Postal: Caprichosa y nueva fotografía de este artista ofreciendo flores a nuestras simpáticas lectoras.

NOVELAS SELECTAS PUBLICADAS

Nº.	Título de la obra	Postal	Precio
1	Rosita.		1.º
2	No se fie de las apariencias.	Mary Pickford.	30 ¢
3	Laura Deane.	Charles Chaplin.	25 ¢
4	La voz de la mujer.	Douglas Fairbanks.	50 ¢
5	¡Cuidado con la curva.	Lil Dagover.	25 ¢
6	El león de Venecia.	Magda Bellamy.	25 ¢
7	La Rosa de Flandes 2.ª edición.	Raquel Miller.	50 ¢
8	Enmascado.	Andrés Barrantes.	25 ¢
9	Sherlock Holmes.	Dorothy Phillips.	25 ¢
10	Las esposas de los hombres pobres.	Helen Chadwick.	25 ¢
11	El Signo del Zorro 2.ª edición.	Douglas Fairbanks.	25 ¢
12	¿Dónde estás, hijo mío?	Edmund y Fred.	50 ¢
13	Luisa Miller.	Ramon Novarro.	25 ¢
14	Flor de Fuego.	Frank Mayo.	25 ¢
15	Las dos niñas de París 2.ª edición.	Mary y Douglas.	25 ¢
16	Rescatando la honra.	Tom Mix.	75 ¢
17	La hija del fuego.	Fela Blencia.	75 ¢
18	Nathan el sabio.	Sandra Milowanoff. M. Hermann.	25 ¢
19	La Huerfana 2.ª edición.	Dorothy Gish.	25 ¢
20	Clarita May.	Beary Love.	25 ¢
21	Un brecha del infierno.	Camille Vernader.	50 ¢
22	Perdida y encontrada.	Antonio Moreno.	25 ¢

Biblioteca Films

Aparece todos los martes

De venta en todos los Kioscos

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números atrasados y colecciones completas, al mismo precio, remitiendo el importe por giro o sellos de correo

Redacción y Administración: Urgel, 40, 2.º, 2.ª BARCELONA

Imp. de DOMINGO GARROFÉ, Vilarroel, 12 y 14 - BARCELONA